

15. LOS MILAGROS Y SU SIGNIFICADO

"El padre que mora en mí, hace las obras". – Jesús

Cuando se dice que en la encarnación el Hijo de Dios se hizo realmente Hijo del hombre, dándonos no sólo su gloria y honor, sino también su poder, y tomando a cambio sólo nuestra pobreza y debilidad, se suele preguntar: "¿Y qué hay de los milagros? ¿No prueban que Jesús tuvo, en sí mismo, mientras estuvo aquí, el divino poder creador?" Yo respondo: No; --

1. Porque, si prueban esto de Jesús, prueban lo mismo para todos los apóstoles. ¿No curaron también a los enfermos, e incluso resucitaron a los muertos? ¿No fueron los pañuelos tomados de sus personas potentes para curar enfermedades? ¿No dijo Jesús a su iglesia en referencia a sus obras: "Las obras que yo hago las haréis también vosotros, y mayores que éstas haréis; porque yo voy a mi Padre?"

2. Porque, si ese poder divino era inherente a él mientras estaba aquí, no fue "en todo semejante a sus hermanos", y no pudo ser "tentado en todo según

nuestra semejanza", para ser "tocado con el sentimiento de nuestras debilidades."

3. Si tenía este poder en sí mismo mientras estaba aquí, ¿por qué pasó noches en paciente oración, suplicando fuerza y liberación? ¿Por qué, cuando fue tentado por el diablo, en lugar de enfrentarse a Satanás con poder directo y vencerlo, recurrió, como tenemos que hacer nosotros, a las promesas de la palabra escrita para hacer huir a Satanás? ¿Por qué cuando le fallaron las fuerzas, fue necesario que los ángeles vinieran a ministrarle?

4. ¿Por qué nunca reclama el poder como propio, sino que, por el contrario, siempre da la gloria al Padre, como en la tumba de Lázaro, donde dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado; pero a causa de la gente que está a mi lado lo dije, para que crean que tú me has enviado?" ¿Por qué no dice: "Si por mi propia fuerza expulso a los demonios", en lugar de: "Si expulso los demonios por el Espíritu de Dios, entonces el reino de Dios ha llegado a vosotros"? ¿Por qué se dice que fue por el Espíritu eterno que se ofreció sin mancha por nosotros?

5. ¿Por qué dice Jesús enfáticamente: "Yo no puedo hacer nada por mí mismo, el Padre que mora en mí, él hace las obras?"

Todo esto es suficiente para mostrar que Jesús, mientras estaba aquí, era por sí mismo realmente débil e impotente, como uno de nosotros. Su vida no es una prueba de lo que Dios podría hacer él mismo si estuviera aquí en persona y con poder. El mundo no necesita una nueva evidencia de ello. La tierra, con su herbosa y verde alfombra bajo nuestros pies, y el universo de soles y mundos que nos rodea, y que se mantiene suspendido en el espacio sobre nuestras cabezas, es ciertamente una prueba presente y suficiente de ello. La vida de Jesús es una prueba de lo que Dios puede hacer, y de lo que

está dispuesto a hacer, por su Espíritu actuando a través de la debilidad humana. Era Dios manifestado en la carne. Olvídate de esto, e imagina que Cristo mismo tenía un poder inherente, más que humano, mientras estuvo aquí, y habréis despojado a toda su vida de su lección de sentido y utilidad para nosotros.

El mundo, perdido en el pecado y separado de Dios, necesitaba más que tener a Dios y que se le indicara el camino correcto hacia él. Sólo esto les habría dejado anhelante, pero impotente, como lo fue Pablo cuando dijo: "¡Oh, miserable de mí! ¿Quién me librerá de este cuerpo de muerte?" Los hombres necesitaban, además, que se les presentara la fuente de poder, por la que pudieran ser capaces de caminar en este camino de santidad.

Esta fuente de poder debía ser revelada antes de que la expiación pudiera realizarse; porque los hombres, para ser uno con Dios y uno con los demás, deben ser capacitados, a pesar del pecado y de la debilidad hereditaria inherente al pecado, para caminar por este hacia arriba. "Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu." La ley era débil para condenar al hombre porque no podía dar a la carne debilitada el poder de cumplirla. Cristo reveló el poder de Dios para cumplir la ley en nosotros, si nos sometemos al control de su Espíritu.

Este es el sentido de todos los milagros, y de toda la vida de pureza sin mancha de Cristo, que fue en sí misma el mayor milagro de todos. Jesús se despojó de sí mismo. Él renunció a su propia voluntad, a su propio camino, a su propio poder, a sus propias palabras; y Dios puso su voluntad en él, obró en él y habló a través de él. Tan íntima fue esta unión que Jesús dijo: "Yo y mi Padre somos uno;" "el que me ha visto a mí, ha visto al Padre."

Pero así como Dios obró por medio de él, así Jesús espera obrar por medio de nosotros. Pablo dice: "Porque por un solo Espíritu hemos sido bautizados en un solo cuerpo." Ahora el bautismo significa muerte y sepultura. Cuando presentamos nuestros cuerpos como un sacrificio vivo cada día, como lo hizo Jesús; cuando nuestra voluntad independiente muere, de modo que en toda la iglesia no haya más que una sola mente, un solo poder de control, entonces la expiación será completa, entonces la iglesia será realmente un cuerpo con Cristo, entonces Cristo querrá y obrará en nosotros para hacer su buena voluntad, como el Padre lo hizo en él. Porque, repito, si el misterio de Dios era Dios manifestado en la carne de Cristo, Pablo dice que las riquezas de la gloria de ese misterio para ti y para mí es: "Cristo en nosotros la esperanza de gloria." Entonces no será meramente Cristo en el Padre, y el Padre en Cristo, de modo que estos dos son uno, sino que Jesús dice: "En aquel día sabréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros." Cuando esto sea cierto, entonces, en verdad, es completada la expiación.

Cada milagro de Cristo es una prueba del poder del amor divino para obrar en nosotros y elevarnos a él. Cuántas veces los hemos considerado como meras manifestaciones de fuerza física, dadas para que el mundo mire y se asombre, y casi obligarle a creer. ¡Ah, no, ese no era el significado! Si lo fuera, ¿por qué Jesús, después de sus más grandes milagros, dijo tan a menudo al sanado: "Mira no se lo digas a nadie?" ¿Por qué no dijo más bien: "Publicadlo por todas partes, para que anunciéis al mundo que yo soy el Mesías?"

El hecho es que el milagro separado del motivo de amor que estaba detrás del milagro, considerado meramente como un milagro, no era evidencia del Mesías en absoluto. Satanás siempre tiene sus milagros, pero no tienen amor, y por lo tanto no tienen poder espiritual para el bien. Mediante estos

milagros, como en el tiempo de Moisés, siempre se resiste a la verdad. En los últimos días trabajará con todo poder, y señales, y prodigios mentirosos, y todo engaño de iniquidad en los que se pierden. Cuando obra así, Jesús mismo lo llama un falso Cristo, con poder para engañar a todos menos a los elegidos.

¿Por qué no tiene poder para engañar a los elegidos? - Porque son guardados por el poder de Dios mediante la fe para la salvación; porque han aprendido que Dios es amor, y que un milagro, para ser una evidencia de la misión y el poder divinos del obrero, debe ser un milagro que manifieste sólo el poder del amor. Así fueron los milagros de Jesús. Todos fueron realizados por amor; no para exhibir un mero poder físico, no para ganar popularidad o fama, sino para revelar al mundo el poder del amor divino, que es el único poder que puede curar el alma, así como el cuerpo, y unirlos a él.

Un día, un ciego llamó a Jesús, diciendo: "¡Hijo de David, ten misericordia de mí!" Él, que había contemplado toda la gloria del cielo, y contemplado incluso desde dentro la belleza del arco que rodea el trono; el que incluso aquí, en el mundo, maldito por el pecado, sintió que su alma sensible se estremecía de placer en cada remanente de la antigua grandeza, extrayendo lecciones de esperanza y alegría del cuervo y del gorrión, y de la pureza inmaculada de la hoja blanca del lirio, sintió que su corazón se conmovía con la más tierna simpatía por este hombre, encerrado en la oscuridad perpetua, y, fuerte en el poder del amor a través de la fe, tocó sus ojos, y se curaron. Luego le encargó que no se lo dijera a nadie. No había deseo de un reconocimiento público. Al Amor le bastaba con saber que la alegría había sido dada y recibida con gratitud.

Un día le trajeron a un sordo, y lo apartó de la multitud. Y el que participó cuando las estrellas de la mañana cantaban juntas, y todos los hijos de Dios gritaban de alegría; el que había escuchado las majestuosas sinfonías de

los coros de ángeles; el que incluso aquí se regocijaba en cada tono de la música de la naturaleza, y en cada canto de alabanza, sintió que su alma se estremecía con el anhelo del amor por aquel hombre encerrado en un silencio perpetuo, y lo curó para que pudiera escuchar y unirse al salmo universal de alabanza. Pero de nuevo le ordenó que no se lo dijera a nadie.

El que había ayunado cuarenta días y tuvo hambre, no quiso despedir a la multitud hambrienta para que no se desmayara en el camino. Incluso en la tumba de Lázaro, donde se manifestó tan maravilloso poder, no consta que en aquel momento la gente estuviera tan asombrada por el mero poder; pero sí consta que allí, mientras Jesús lloraba, decían: "¡Mira cómo lo amó!" ¡Mirad cómo le ha amado! Sí, este es el sentido de los milagros de Cristo. Revelan el amor divino, que se estremece de compasión por las necesidades y los sufrimientos humanos, y que, por tanto, es poderoso para sanarnos.

"Dios es amor." Los milagros de Jesús revelaron el amor; por tanto, revelaron a Dios, y proclamaron a Jesús como el Mesías, el Ungido de Dios. ¿Y por qué lloró Jesús? - Amaba a Lázaro. Amaba a María y a Marta, ahora desconsoladas. Él amaba el hogar de Betania, donde él también había descansado cuando estaba cansado, y el círculo de cuyos corazones amorosos estaban ahora rotos. Pero, además, esto era para él una imagen de todo el dolor que la muerte había traído al mundo; esta familia, una imagen de otras familias; y esta triste separación de la persona amada, una imagen de todas esas tristes separaciones. Su corazón abrazó a toda la humanidad hambrienta y cansada, que esperaba aquí, con dolor y lágrimas, el amanecer de un día mejor.

Oh, alma triste y sufriente, separada de los que amas, las fibras del corazón desgarradas, desnudas y sangrantes, ¿crees que ningún ojo ve tu dolor, que ningún corazón palpita en respuesta a tu dolor? El mismo cielo ha conocido el dolor de la separación de su Señor, y todos los portales refulgentes de

esas mansiones de los cielos, tan acostumbrados a que suenan al canto de los serafines, se silenciaron y se cubrieron de luto. Y en algún lugar, sabemos que, aunque sus lágrimas no lleguen a esta tierra, los ángeles aún lloran la tristeza de nuestras horas de despedida. Y no sólo los ángeles, sino que en ese llanto ante la tumba de Lázaro, Jesús lloró por todos nosotros. **Él nos reveló a Dios, y tanto el Padre como el Hijo no cambian, sino que son los mismos ayer, hoy y para siempre. Se inclinan a la unidad con nosotros, incluso ahora, en nuestro dolor, para que podamos ser levantados en unidad con ellos en su alegría. Es así como Jesús se rebajó para vencer el pecado y llevar a cabo la expiación. Esto es amor, porque Dios es amor.**